

Raúl Vallejo

Luz Mary Giraldo. *De artes y oficios*

Bogotá: Taller de Edición Rocca, 2015. 200 pp.

Profesor fundador de la Universidad Andina Simón Bolívar, sede Ecuador.

Doctor por la Universidad Pablo de Olavide, Sevilla, España. Dirigió la revista de literatura *Kipus* (1993-2015). Miembro Correspondiente de la Academia Ecuatoriana de la Lengua. Se desempeñó como embajador de Ecuador en Colombia (2011-2016). A principios de mayo de 2016 fue nombrado ministro de Cultura y Patrimonio del Ecuador. Sus libros más recientes son: *Mística del tabernario* (Caza de Libros - Gimnasio Moderno, 2015; poesía), *Marilyn en el Caribe* (Penguin Random House, 2015; Premio Nacional de Novela Corta “Pontificia Universidad Javeriana”, Bogotá), *El perpetuo exiliado* (Penguin Random House, 2016; Premio Internacional de Novela “Héctor Rojas Herazo”).

Documento accesible en línea desde la siguiente dirección: <http://revistas.javeriana.edu.co>



ENCONTRÉ EN UN poemario de 1974 de Luz Mary Giraldo, *El tiempo se volvió poema*, un texto que evoca ese instante de abandono y memoria que permanece en el tiempo: “Con las manos tejidas / y los ojos infinitos / devoraron el mar / ... El olor del tiempo / fue cantando versos” (74). En *Camino de los sueños* (1981), asoma la música en forma de canción para la vida que nace y, además, el uso del color y la presencia de las aves como elementos de libertad expresiva; elementos que encontraremos en su poesía más reciente: “Quiero cantarte / pequeño / que la vida es un poema / de colores amarillos / donde se enredan las aves” (68). La música será un *leit motiv* que permanecerá como armonía de imágenes en los versos de Luz Mary: con música amanece el día del poema que abre *Postal de viaje* (2003) en aquella “Canción para los buenos días” que evoca amorosamente al padre y la cotidianidad compartida: “Solía amanecer de madrugada / despertar una nota musical en la garganta / enseñarnos a escribir en el cuaderno / la palabra sol / y a escuchar cómo asciende en el pentagrama / por el tañer de las campanas / por el sonido de los dedos que llaman a la puerta” (*Postal de viaje* 11).

Luz Mary Giraldo (Ibagué, 1950) nos entrega ahora *De artes y oficios*; un poemario estructurado en tres partes que llamaremos *movimientos* para ubicarnos en la tonalidad creativa de la poeta: “Arte de aRmar”, que podríamos calificar como un *allegro ma non troppo* y que la voz poética define así: “Amor es música de alas / preludio y fuga en un arpeggio / elegía anunciada” (33); luego, como cadencia de lo que se anuncia en la primera parte, sigue “Arte de desaRmar”, al que me he atrevido a nominar un adagio en Sol menor, como el de Albinoni, concentrado en el poema “Hacia ninguna parte”: “Después del adiós / tu mano se hizo vaivén en la memoria / y el tiempo desdibujó tus rasgos. / La puerta dejó ir tu imagen / y tu gesto sesgado en el recuerdo / se deslizó / a ninguna parte.” (48); y cierra con “Oficio de enRedar”, que se me antoja un *andante ad libitum* que transita la existencia del amor por los meandros de la autopista del ciberespacio: “La red no borda la tela del amor / no teje manos ni corazones ni escribe la palabra sol / ni sabe cómo se enciende la luz en la mañana” (82), ese sol encendido con la música que emergía en el amanecer del padre.

El libro está armado como una estructura total: juegos de palabras en los títulos de las partes; un diálogo lúcido y poéticamente pertinente, elaborado a partir de los exergos del libro y de algunos poemas, con la tradición poética universal que ha trabajado el tema del amor; y un desarrollo de la experiencia amorosa que va desde la realización festiva del amor, y que pasa por la separación de los amantes y la consecuente soledad, hasta llegar a esa forma de presencia irreal que son las relaciones entabladas a través de la red cibernética.

De artes y oficios es un poemario de cuidadosa construcción en el que la portada —foto de “Flechada” (2013-2014), una bella y sugerente obra en cerámica de Andrea Echeverri— contribuye a definir uno de los sentidos de la poesía de Luz Mary: la experiencia amorosa obedece a la arbitrariedad de Cupido y de la flecha que atraviesa el cerebro, desde donde se ama, trastornados todos los sentidos. Solo que, en el caso de nuestra poeta, esa experiencia amorosa parte de la reflexión de la tradición de la poética amorosa; asoma en la poetización del mismo proceso de escritura, y se ilumina con la vida humana.

Luz Mary, que ha trabajado en su poesía los temas del tiempo, el viaje, la soledad, el proceso de nacimiento de la palabra poética, ahora deja que en su verso transite el de la experiencia amorosa. Y es que en la escritura se concentra la memoria de esa experiencia que ya no es pero que permanece en la palabra: “Te inclinas de nuevo ante la página / y buscas el arte del amor en tus palabras / lo tejes a tu cuerpo y tus desvelos / como eterna Penélope” (13), esa misma que la acompañaba en *Postal de viaje*: “Tejedora / paloma de la espera / inventa el pájaro que canta / cuando la luz termina”.

La voz poética va definiendo, a lo largo de la primera parte del libro, los tonos de la irrupción del amor y la experiencia amorosa en la vida. Así, lo percibimos como vendaval, exaltación, que irrumpe en la cotidianidad sin ninguna consideración: “Amor toca la letra menuda de todos los días / con su flecha en el blanco / da tono a las palabras y a los gestos / y acompaña la entrega secreta de dos fieras” (*De artes* 14). O, también, siguiendo la tradición que arranca con la definición de Quevedo: “Este es el niño Amor, este es su abismo. / ¡Mirad cuál amistad tendrá con nada / el que en todo es contrario de sí mismo!”¹, en este poemario el amor es definido por Luz Mary en medio de la serenidad: “Con mis ojos cerrados / quiero verte / como antes / oír tu voz / como siempre / poner mis labios en los tuyos / y ahí quedarme / como en un cuento de hadas” (*De artes* 20). O, como un desborde de los sentidos, mediante imágenes irracionales que, con sutileza, invaden la expresión poética: “Dibujo tu rostro / sin una sola letra . . . Pregunto si estás ahí / en el silencio / y trazo una línea / donde comienza el verso / para decir / te amo” (21).

Siempre presente en los textos de Luz Mary, la música atraviesa su poesía como un elemento que no es decorativo, sino parte sustancial de su mundo poético. En este libro está presente como una de las sustancias en las que se sostienen las palabras, igual que los nenúfares en la obra de Claude Monet, con la que uno

1 “Es yelo abrasador, es fuego helado, / es herida que duele y no se siente, / es un soñado bien, un mal presente, / en un breve descanso muy cansado”.

se extasía en la sala ovalada de la *orangerie*. Así leemos en “Solo de música”: “Un solo de música acompaña la cantiga de nuestro amor. / Oímos un contrapunto de violín y chelo / mientras los versos de Quevedo traen dulce desconcierto / y las golondrinas del jardín / tejen sonidos en el aire. . . No hay fruta prohibida / si la música reposa entre los dos” (28).

La segunda parte, el segundo movimiento, se abre con un verso que desacraliza cualquier consagración del sentimiento de pérdida amorosa: “Son cursis los versos cuando acaba el amor” y concluye en ese “Monólogo quedo”: “el oficio frágil y desamparado de olvidar / es como un pájaro con sus alas rotas ante la finitud” (43). Y, sin embargo, es necesario poetizar la pérdida amorosa; de ahí que en “Zozobra”, las imágenes se vuelvan delicadas y a partir de cuatro símiles en cascada la voz del amante que espera consuma su ansia: “Como gato que pisa suavemente / sobre la tapa de un piano cerrado. / Como quien esquivo trozos de cristal / para no herir sus pies descalzos. / Como si recogiera migas de pan / para el día del hambre. / Como si caminara de puntillas / para no despertar al niño que profundo duerme” (44). Porque la idea del adiós está anclada a la necesidad de dejar ir al ser amado, luego del fulgor del instante, que la voz poética define en la bella sinestesia del último verso: “*Tú rostro nacido para irse* / es piel en mi memoria / sábana extendida para decir adiós” (46).

El movimiento final incursiona en el mundo virtual de la red: “De las teclas escurren sonidos del amor / y mientras escribo incansable este poema / cuelgo tu nombre sobre el muro / como antes se hacía en el tronco y las hojas de los árboles” (78). La voz poética concentra su contradicción interior entre lo extendido de la red y la insignificancia que esta tiene frente a la palabra poética: “En las noticias de todas las mañanas / los versos de Ajmátova relampaguean como fantasmas / y dibujan estrellas en el amanecer. / Ninguna red vuela más allá de sus palabras / ni envía saludos a la media noche por medio de una estrella” (79). Y, nuevamente dialoga con *Postal de viaje*, ahora introduciendo esa tensión entre el viaje como experiencia personal y el viaje como posibilidad virtual. En “Mapa desconocido”, la voz poética, después de buscar en el mapa las calles de Estambul y de otros lugares, se da cuenta de la ausencia de la persona que se anhela: “No están tu rostro ni tu voz / y el río corre muy abajo / se aleja del viejo monasterio entre las piedras / del lago fascinante entre los desperdicios / y los colores de Turquía saltan como si yo los conociera / en el mapa que persiguen los ojos / o en el punto aún desconocido que señalas / en las guías de *Google*” (80).

Y es que esa red que, al parecer, todo lo abarca y todo lo define, no es suficiente para atrapar el amor, el deseo, al ser amado: esa red es un mecanismo virtual y, como tal, está más sujeta a los engaños de los sentidos que la *realidad*

real, pues, de alguna manera, la *realidad virtual* de la red es el engaño de la razón, los sentidos y el deseo: “No es simultáneo el tiempo ni llega tu perfume en cada *mail*. / *WhatsApp* enreda la foto en los mensajes / *Facebook* no sabe de caricias / y en el *Skype* tu rostro es un fantasma / se diluye se distorsiona se pixela / se va pierde / golpea la voz / o la silencio” (83). La voz poética, entonces, entiende que se trata de nuevos vehículos de mensajería y concluye: “Hay un juego de espejos en la red: / el amor que no empieza y la amistad que se acaba / las fotos que invaden la pantalla / la imagen cambiante como la ropa vieja / la tensión de los puntos que anuncian al escritura esperada”, y es entonces cuando dialoga, en un salto al mundo clásico de la mitología griega, con aquello que sigue siendo referente en el arte: “En ese espejo de letras solitarias / teje una araña el laberinto donde Asterión se esconde / y Teseo busca los hilos que lo acercan a Ariadna / o que lo alejan” (85).

De artes y oficios, de Luz Mary Giraldo, es un poemario en el que la experiencia amorosa transita desde su celebración del deseo realizado; pasa por la nostalgia de la ausencia, y se instala en la virtualidad de la red, interrogándose siempre sobre la precariedad de la posesión amorosa. Todo ello, con un lenguaje poético cargado de musicalidad y de verso exacto, que dialoga con la tradición cultural de la poesía amorosa, poblado de imágenes que apelan a la sensualidad de los sentidos; un poemario con el lenguaje de la poesía imbricado en la vida.